Revista de Estudios Hispánicos, VI. 2, 2019
pp. 135-151, ISSN 0378.7974

APUNTES SOBRE LA NOVELA DOMINICANA EN EL SIGLO XX: MARCIO VELOZ MAGGIOLO Y ÁNGELA HERNÁNDEZ

Sketches about Dominican Novel of Twentieth Century:
Marcio Veloz Maggiolo, and Ángela Hernández

Jeannette Miller
Licenciada en Letras
Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD)
jeannettemiller.r@gmail.com

Resumen
Este artículo resume, a grandes rasgos, la trayectoria de la novela dominicana durante el siglo XX, tomando como ejemplos cimeros las obras de Marcio Veloz Maggiolo y Ángela Hernández.

Palabras clave: Novela dominicana, siglo XX, Marcio Veloz Maggiolo, Ángela Hernández

Abstract
This article broadly summarizes the trajectory of the Dominican novel during the 20th century, taking as prime examples the works of Marcio Veloz Maggiolo and Ángela Hernández.

Keywords: Dominican Novel, Twentieth Century, Marcio Veloz Maggiolo, Ángela Hernández

Recibido: 15 de agosto de 2018. Aprobado: 12 de noviembre de 2018.

La novela dominicana se presenta como producción tardía dentro del panorama literario nacional. Sus primeros intentos se encuentran estimu-

lados por ideas libertarias y el deseo de testimoniar situaciones que se producen a lo largo del siglo XIX.

Las luchas independentistas y un inicio de la República plagado de inseguridades se reflejan, entre otras obras, en *El Montero* (1856), de Pedro Francisco Bonó (1828-1906); *Enriquillo* (1879-1882), de Manuel de Jesús Galván (1834-1910), y *Baní o Engracia y Antoñita* (1892), de Francisco Gregorio Billini (1844-1898), con temas y hechuras que abarcan lo histórico, las costumbres y el indigenismo dentro de un romanticismo ecléctico que a veces incursionaba en el neoclasicismo y en el realismo costumbrista: «Como ocurrió en el resto de Hispanoamérica, la novela dominicana se inició bajo la égida del romanticismo… un romanticismo tardío, cuyos ejemplos cimeros corresponden al último cuarto de la pasada centuria…» (Alcántara Almánzar 5).

La condición de isla con frontera terrestre caracterizó una cultura de trasiego e inestabilidad que condicionaba a un ser humano en constante búsqueda de sus relaciones de pertenencia. La segunda mitad del siglo XIX y principios del XX se determinan por la construcción de la dominicanidad creada en 1844 con la Independencia de la República, confirmada por las Guerras de Restauración (1863-1865) y amenazada por la primera intervención norteamericana (1916-1921).

Gobiernos cortos, dictaduras largas, asesinatos y constantes levantamientos coronan el cambio de siglo con la figura de Ulises Heureaux –Lilís– (1845-1899), feroz dictador que se mantuvo en el poder por diecisiete años (1882-1899), llevando el país a la bancarrota y creando las bases para la primera intervención norteamericana en 1916. Su personalidad abusiva y criminal se proyecta en obras importantes de la literatura dominicana dentro de las que se destaca la novela de corte biográfico, titulada *La Sangre* (1914), de Tulio M. Cestero (1877-1955).

Dentro de los lineamientos del realismo social, *La Mañosa* (impresa en 1936), de Juan Bosch (1909-2001), retrata la época de los alzamientos, denunciando las trampas de los líderes y la calidad humana de la gente sencilla de pueblo, con un manejo de historia y personajes a través de los tipos y niveles de lengua, ausencia de protagonistas absolutos, ambigüedad sobre quién es el bueno y quién el malo, uso de la descripción que en ocasiones desplaza la narración y una estructura que, aunque lineal, está llena de inserciones, a veces cuentos hechos por otros, que subvierten tiempo y espacio. Estas características proponen *La Mañosa* como un

preámbulo de lo que sería la novela moderna dominicana. Bosch afirma en 1966:

> *La Mañosa* fue escrita con un propósito estrictamente literario. *La Mañosa* obedeció al plan de elaborar una novela en la que no hubiera un personaje central ni caracteres de carne y hueso que pudieran atraer la atención del lector y "robarse el libro". En *La Mañosa* no debía haber ni siquiera un tema desenvuelto con los requerimientos normales de intrigas, la habitual "lucha" del bueno y del malo que tanto atrae a los lectores, la presencia de la mujer cuyo amor es el premio ofrecido al "bueno" como recompensa…En *La Mañosa*… el personaje central sería la guerra civil, y todos los seres vivos que desfilaran por las páginas del libro… deberían ser… víctimas de ese personaje central… –pero– quedaba por resolver un aspecto importante: el de la forma:… –para esto– la solución era describir los efectos, no la revolución en sí misma. (Miller, 2010, 33-34.)

El auge de la industria azucarera que se produjo después de 1916, amplió y modificó las características de la vida en los ingenios donde las formas de explotación de los braceros –inmigrantes cocolos y haitianos en su mayoría– inspiraron la novela *Over* (1939), de Ramón Marrero Aristy (1913-1959), considerada como ejemplo del realismo social y punto culminante de la llamada «novela de la caña», con sus registros de la cultura de los trabajadores extranjeros.

Ya la dictadura (1930-1961) de Rafael Trujillo (1891-1961) había ido tejiendo sus telarañas de ignominia, y una censura férrea abarcó todo el país impidiendo la entrada de libros que pudieran sembrar cuestionamientos y publicaciones que criticaran al régimen en ningún aspecto, con riesgo de que sus autores pudieran perder la vida.

Escrita durante ese período, *El Masacre se pasa a pie*, de Freddy Prestol Castillo (1914-1981), no se publicó sino en 1973, ya muerto el dictador. La novela trata de manera detallada y dramática el genocidio contra los haitianos cometido por Trujillo en 1937, convirtiéndose en una de las más importantes novelas testimoniales dominicanas.

La vieja lucha por definir una identidad cambiante edificada en el trasiego y la disidencia, presentó entonces como objetivos –además de territorio, raza y dictadura– el trópico y la magia, creando una amalgama que produjo trabajos diferenciadores, tratando de unificar los lenguajes europeos con el sincretismo blanco-negro que subyacía en las conformaciones culturales del dominicano.

Durante los últimos diez años de la dictadura (1950-1960), se acallaron de manera extrema las manifestaciones creativas y no es sino hasta la década de 1960 cuando después del ajusticiamiento de Trujillo (30 de mayo de 1961), Aída Cartagena Portalatín (1918-1994) y Marcio Veloz Maggiolo (1936) publican dos novelas experimentales de gran importancia para la narrativa dominicana: *Los Ángeles de Hueso* (1967), del primero, *Escalera para Electra* (1970) de la segunda:

> En la historia de la literatura dominicana, los años sesenta fueron esenciales para dar forma a una actitud de apertura que partía del rechazo al régimen de Rafael Trujillo (1891-1961) y que posteriormente fue evolucionando hacia un concepto de libertad entendida como justicia social.
> Numerosas agrupaciones de escritores y artistas surgieron durante esa década clave en la historia dominicana y podemos afirmar que son ellos quienes, a través de una actitud desacralizante y experimental, crean la zapata para los movimientos artísticos que se desarrollan en las tres últimas décadas del siglo XX. (Miller, *El Arte Dominicano en el siglo XX*, 700)

Ya los creadores dominicanos habían vivido la inyección de la modernidad con los viajes a Europa y Estados Unidos de poetas, narradores y artistas visuales a principios del siglo XX. Luego, a lo largo de la década de 1940, importantes artistas y escritores europeos que huían de la Guerra Civil española (1936-1939) y de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) llegan al país y fortalecen las tendencias experimentales en el arte y la literatura dominicanos.

Los Ángeles de Hueso, de Veloz Maggiolo, destapa el *mea culpa* del sobreviviente de las gestas antitrujillistas, recordando a través de una intertextualidad permanente el encerramiento del narrador-personaje por

los muros de la condición isleña, de la política culpable y de la nada existencial.

Escalera para Electra, de Aída Cartagena Portalatín, agrede las coordenadas de tiempo-espacio para urdir un acontecer dramático determinado por múltiples causas (históricas, culturales, de género…) en las que definitivamente se encuentra incluida la autora.

A partir de entonces, rabia, impotencia y la experiencia del fracaso con el ajusticiamiento de Trujillo (1961) y la Guerra de Abril (1965), que no trajeron los cambios esperados, influyen en una novelística que a ratos coincide con el existencialismo y donde la melancolía está presente.

La figura de Trujillo y las características de su dictadura y sus consecuencias aparecerán en la mayoría de las novelas posteriores más destacadas: *Cinco bailadores sobre la tumba caliente del licenciado,* Premio Nacional de Novela 1978, de Roberto Marcallé Abréu (1948-); *Sólo cenizas hallarás,* Premio Novela Blasco Ibáñez 1980, de Pedro Vergés (1945-); *La otra Penélope,* Premio Nacional de Novela 1982, de Andrés L. Mateo (1946-); y varios títulos de la autoría de Marcio Veloz Maggiolo (1936-), como *Biografía difusa de Sombra Castañeda* (1980), *El jefe iba descalzo* (1993) y las memorias noveladas *Trujillo, Villa Francisca y otros Fantasmas* (1996), Premio Nacional Feria del Libro E. León Jimenes.

Una lenta estabilización política se produce y el crecimiento económico va cambiando el tono de las demandas de reivindicación social. La entrada de la televisión por cable (1982) y el desarrollo acelerado de la industria turística ofrecen nuevos temas y modos de tratarlos. El uso de *Internet* conecta con las modalidades de la cultura universal y los contactos con el exterior. La producción novelística se multiplica y a finales del siglo XX nombres nuevos y otros de escritores experimentados incursionan en la novela.

En 1994, Manuel Rueda (1921-1999), figura principal del Movimiento La Poesía Sorprendida y fundador del Pluralismo, quien ya había publicado cuento, relato, poesía y ensayo, da a conocer *Bienvenida y la noche*, un texto de corte histórico y autobiográfico que trata la boda del dictador Rafael Trujillo con Bienvenida Ricardo, una dama prominente de Montecristi, años antes de él subir al poder. Avelino Stanley (1959), novelista, cuentista y ensayista, comienza a publicar sus trabajos en la década de 1980; en 1997, su novela *Tiempo muerto*, sobre el tema de la caña de azúcar, ganó el Premio Nacional de Novela. Arquitecto de prestigio, Manuel

Salvador Gautier (1930) se da a conocer como escritor en 1993 con la tetralogía de valor histórico y testimonial *Tiempo de héroes,* compuesta por *El atrevimiento*, *Pormenores del exilio*, *La convergencia* y *Monte adentro*, por las que obtuvo el Premio Nacional de Novela correspondiente a ese año. Proveniente del periodismo Emilia Pereyra fue finalista del Premio Planeta por su texto *El crimen verde* (1994). Poeta y ensayista perteneciente a la Generación del 80, Martha Rivera (1960-) ganó el Premio Internacional de Novela Casa de Teatro 1997, con su obra *He olvidado tu nombre*. Cuentista premiado, Pedro Antonio Valdez (1968-), introdujo cambios con la propuesta de personajes no tradicionales en *Bachata del ángel caído* (1998), que obtuvo el Premio Nacional de Novela 1998. Conocida intérprete y compositora, Rita Indiana Hernández publicó en 2000 *La estrategia de Chochueca*, donde registró el uso del español dominicano de la década de 1990. En el 2001, Ángela Hernández (1954-) obtiene el Premio Cole de Novela Corta por *Mudanza de los sentidos,* donde trata la emigración del campesino a la ciudad.

La ciudad metamorfoseada por los vicios, la depredación turística, el secreto de las preferencias sexuales, la corrupción generalizada, la emigración del campesino a la ciudad, el fracaso de los valores humanos, la explotación, el racismo… aparecen en historias que reflejan directa o indirectamente una situación de crisis y deterioro que no es exclusiva del país.

Desde la segunda mitad del siglo XX, la revolución digital ha ido cambiando a la humanidad mediante circuitos lógicos cada vez más sofisticados que piensan por el hombre y lo dirigen en sus gustos y consumos. Una población que mayormente se ubica entre analfabetos funcionales y adictos a las pantallas, disminuye el número de «lectores», si entendemos el término «leer» como «Pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los caracteres empleados» y sus contenidos (*Diccionario Real Academia Española RAE*).

En la mayoría de los textos que se producen, el narrador desaparece en realidades golpeantes y oscuras en las que el asombro no da tiempo a construir las armas de la permanencia. Sin embargo, el Caribe continúa presentando historias y personajes con distintas lógicas y vestimentas donde lo expresivo y lo surreal abordan el experimento de manera espontánea y novedosa: «La pintura y la poesía surrealistas dejaron, en este afortunado encuentro antillano, algunos de sus frutos mejores. Al mismo tiempo sembraron en la nueva tierra la semilla que, en el terreno del es-

píritu, competía en su fecundidad con los dones de la selva» (Fernández Granell *et al*., 90 y 40).

En esta latitud, el ser humano está permanentemente construyendo una identidad que se le escapa de las manos. La selva y la urbe, la miseria y la bonanza, la honestidad y la corrupción, la violencia y la redención… son contradicciones que van de la mano día a día. De ahí, esa lucha feroz y permanente del escritor por dar nombre a las cosas tal y como las concibe. El deseo de registrar el pasado para poder enfrentar un presente nebuloso y diluyente, dinamiza a ese ser humano que todavía no está atrapado por las «maravillas» del progreso, y entonces se da el milagro: una vuelta a las intenciones iniciales, a los anhelos de siempre… Y en ese proceso de edificarse a sí mismo va reconstruyendo la verdad o, mejor dicho, «su verdad».

Biografías de dictadores, guerras y luchas intestinas, conflictos fronterizos, desplazamiento del campesino a la ciudad, terremotos y ciclones, hechos históricos, plantaciones cañeras y explotación de los braceros, crímenes, corrupción, impunidad, abuso y exterminio, tráfico de drogas y de seres humanos, deterioro del habitante urbano, delirio digital..., pero también historias de amor, exaltación de la naturaleza, transmisión de valores como la honestidad, la verdad y la esperanza son temas que encontramos hoy en la novela de República Dominicana.

Sólo hemos mencionado algunos nombres claves de distintas épocas y nos detendremos en dos obras recientes de Marcio Veloz Maggiolo y Ángela Hernández, quienes, con enfoques y tratamientos diferentes, representan los mejores niveles de la novela dominicana que emerge durante la segunda mitad del siglo XX: *El sueño de Juliansón* (2015), de Veloz Maggiolo, y *Leona o la fiera vida* (2013), de Ángela Hernández.

Pertenecientes a períodos y medios disímiles, Marcio Veloz Maggiolo, historiador, arqueólogo, poeta, narrador, ensayista, profesor universitario y ex diplomático, nace y crece en la ciudad de Santo Domingo, siendo el ambiente de la vida barrial junto a la investigación histórica y arqueológica los telones infaltables en sus trabajos de ficción. Surge en los años cincuenta, pero su identificación y permanencia con la llamada Generación del 60 lo propone no sólo como miembro del grupo, sino como una de sus cabezas. Dentro de los numerosos premios y reconocimientos que ha recibido dentro y fuera del país destaca el Premio Nacional de Literatura de 1996. Ángela Hernández, por su parte, da a conocer su primer libro de

cuentos, *Alótropos*, en 1989 y de inmediato obtiene aprobación, logrando posicionarse como un nombre importante en la literatura dominicana. Nacida en Jarabacoa de padres campesinos, una voluntad empecinada junto a su gran capacidad de trabajo le permite graduarse de Ingeniera Química en la Universidad Autónoma de Santo Domingo donde impartió clases. Luego trabaja periodismo y se integra a la lucha por los derechos de la mujer. Sus múltiples publicaciones abarcan ensayo, poesía, cuento, novela…, llegando a obtener reconocimientos que rematan en el Premio Nacional de Literatura en 2016.

Marcio Veloz Maggiolo, perseguidor de una identidad inalcanzable

Marcio Veloz Maggiolo es, probablemente, el novelista vivo más importante de República Dominicana y uno de los intelectuales más completos de su historia literaria. Desde que publicó *Los Ángeles de Hueso* en 1967, el escritor marcó las claves de lo que sería su narrativa larga: trasgresión de tiempo y espacio; diálogos-monólogos en que se insertan permanentemente los recuerdos; tiempo circular en que pasado, presente y futuro, son una sola cosa; prosa poética donde la belleza de las imágenes sacan del hilo al lector, para que luego el autor lo agarre y lo meta de vuelta en lo que él propone como argumento; manejo de un léxico culterano con voces arcaicas, técnicas, históricas, arqueológicas, populares, y otras inventadas por él, en un ejercicio de libertad creativa que sólo asume un escritor seguro de lo que hace, y por lo tanto, es capaz de abrir las compuertas que separan lo lógico de lo ilógico.

Cuarenta y ocho años después, Veloz Maggiolo publica *El Sueño de Juliansón* (2015), un libro que, sin dejar a un lado la visión existencial que presentan sus obras anteriores, supera lo ya escrito logrando un planteamiento totalitario de la vida y de los sueños que la animan, de la belleza y lo grotesco, de la mentira y la verdad, de la subsistencia y de la muerte, de la realidad y la imaginación, a través de dos personajes que entablan un diálogo que abarca toda la novela.

Uno de ellos, Juliansón Omelet, alto, grueso, rimbombante al hablar, rico habitante de Cutupú, zona que hoy pertenece al Distrito Municipal de la Provincia de La Vega, y que fue habitada en tiempos de la colonización por aborígenes, proyecta su visión del mundo y de las cosas a través de ideas filosóficas y esotéricas, vastos conocimientos de historia, arquitectura, biología, religión, costumbres y mitos, que le permiten tejer una trama

de deducciones y suposiciones mágicas y contradictorias, entremezclando realidad y leyenda.

Por otro lado, su interlocutor, arqueólogo «desenterrador de sueños», a quien Juliansón bautiza con el nombre de Arconte –que en la antigua Grecia era sinónimo de mando o dirigencia– es, además de personaje narrador, historiador e investigador, quien sigue los métodos técnicos y científicos aprendidos en las universidades, para sustentar el conocimiento.

Ambos hacen amistad y el arqueólogo, al oír los primeros discursos de Juliansón, los considera llenos de locuras y disparates que lo sorprenden, pues provienen de un hombre asombrosamente culto, que incluso cuenta, entre los múltiples títulos adquiridos, el de criptógrafo. Dueño de tierras del Cibao, que ha ligado sus conocimientos racionales con las leyendas, su obsesión es proteger el cementerio indígena (Coaybay o cielo de los muertos), que afirma está dentro de su propiedad y donde se mantienen vivas las almas de los indios, de sus enseres y sus animales, entre los que están los perros mudos, de los que hablan los cronistas españoles, a quienes su interlocutor recordará y citará numerosas veces, en su afán de verificar las historias de Juliansón. Ambas posturas producen un diálogo delirante entre las historias mágicas de Juliansón y las comprobaciones científico-históricas del arqueólogo

En la defensa de las almas que no han muerto llamadas opias y que vivían en el subsuelo de su propiedad, Juliansón recurre a referencias culteranas que comprueba el arqueólogo: desde el brahmanismo hindú y el Gilgamesh, hasta los escritos de Fray Ramón Pané, Bartolomé de Las Casas, Lope de Vega, Rudyard Kipling, Rousseau, Flammarión, Pascal y otros grandes de la física, la biología, la literatura, el esoterismo… que resulta imposible mencionar aquí.

En su proceso de confirmación, el arqueólogo agrega las opiniones de autores nacionales como Fradique Lizardo (a quien llama Radique Luxaris para desviar envíos maléficos), Manuel Mora Serrano, Magín Domingo, Carlos Esteban Deive, Lepe, Bernardo Vega, Juan Bosch, y muchos más, quienes probablemente sirvan de mejor soporte a las realidades comprobables o no, del sueño de Juliansón.

Y en este devenir de interpretaciones mágicas por un lado y de comprobaciones historicistas por otro, cada personaje va definiendo su ser, sus motivos existenciales, en propuestas esotéricas y explicaciones científicas

que concluyen en que Dios está en todas las cosas y que todas las cosas tienen alma.

Juliansón se refiere a garzas que cantan a Vivaldi; a perros con sarna de oro; a ciguapas que bailan con los merengueros de monte adentro y también acompañan desde antaño a Opiyelguobirán, el dios indígena con cuerpo de perro y cabeza de hombre, en su escondite de siglos; a su ascendencia aborigen, oculta en un falso escudo de armas que afirma que el apellido Omelet (que significa tortilla en inglés) pertenece a una rama del árbol genealógico que registra a los descendientes de Isabel La Católica; y a Oguí, su compañera en los sueños, mujer de piel brillante hecha de reflejos, de quien esperaba tener hijos.

La física cuántica, la teoría del Big Bang, la inversión del tiempo o no tiempo, son confirmados por Juliansón Omelet con la existencia de las opias, almas de los muertos indígenas que continúan vivas en otro nivel y que se esconden para no ser destruidas mediante clasificaciones científicas; con el perro llorón de doña Murga, registrado también como El Huidor, a quien Juliansón había puesto el nombre de Admiridonte y al que tenía como al mismo Opiyelguobirán, dios perro de los indígenas, afirmación que se basaba en que el animal nunca dejaba que le vieran el rostro, arrinconado en los lugares más oscuros de la casa de doña Murga –ciguapa que lo acompaña y protege desde siglos–, donde se tapaba la cara con las dos patas delanteras.

Todo este meollo de mentiras, pero también verdades, son conectadas por el arqueólogo con piezas del Museo del Hombre –asas de vasijas con esculturas de ranas celestiales que simbolizaban la fertilidad, cemíes con cuerpos de perros y rostros humanos–, pero ante todo, esa verdad que él había intuido siempre: que todas las cosas tienen vida permanente, tienen alma, que sólo se transforman para defenderse de la violencia y la depredación; y ahí recordaba a los budistas cuando afirmaban que matar una hormiga era un asesinato, y a las guerras, que ayudaban a los humanos a progresar con tecnologías de muerte.

El hecho es que el arqueólogo se deja ganar por los sueños de Juliansón, específicamente cuando él mismo tiene un sueño-pesadilla sexual con Oguí, la mujer en sueños de Juliansón, y Juliansón vive el sueño igual que él, implicando que son dos vertientes de la misma realidad.

A partir de entonces, no se sabe dónde termina uno y comienza el otro en el afán de encontrar la verdad, ya sea en restos arqueológicos verifica-

bles, en los textos que describen similitudes de distintas épocas o en sueños llenos de símbolos y de poesía: «La piel de una iguana podía contener un alfabeto e historias de lo que fuera el pasado geológico. Toda vida… podía narrar el secreto inscrito en su pálpito», afirmaba Juliansón (Veloz Maggiolo, 2015, 68).

En esta novela densa que se desarrolla a base de inserciones y recuerdos reiterativos, citas de autores universales y afirmaciones que tratan de definir su visión de la existencia, Marcio Veloz Maggiolo nos presenta una manera distinta y rotunda, que cada vez más utiliza recursos innovadores.

Estamos ante la obra de un escritor sabio, maduro, seguro de sus inseguridades, permanentemente abierto a nuevos conocimientos y verdades, que mediante la técnica del diálogo disfraza el monólogo que excluiría el «parto de ideas». Su formación le permite navegar por puntos extremos de la historia, atando cabos que amarran al planeta, acercando los distintos procesos humanos y sociales.

La creación del personaje Juliansón Omelet, difícil por las características que lo definen –increíblemente culto, sensible, soñador, mentiroso, inventador, creador de una realidad que no existe, pero que sí existe en él–, resulta un aporte a los caracteres que protagonizan su literatura anterior, y actúa como el *alter ego* de Marcio, retratado en el arqueólogo, que a base de sistematización y lógica trata de entender lo ininteligible. Ambos son hijos del autor, y en la dialéctica que surge de sus afirmaciones encontramos las variables de una sola voz, un solo pensamiento, un solo espíritu, «…tratando de explicar aquel pasado que no se dejaba manifestar, sino en formas de pensamiento atrapadas en los objetos por sus creadores y que iban desde las pruebas sin prueba alguna, a la inexplicación de un tiempo historizado por la carga de la imaginación» (Veloz Maggiolo, 2015, 97).

En *El Sueño de Juliansón*, Marcio Veloz Maggiolo se supera a sí mismo con un estilo desenfrenado donde la trama de lo que acontece se anuda, se deslíe, se devuelve, se repite, pero siempre avanza escudriñando la esencia de la vida que es la muerte, para negarla en su condición de olvido, y afirmarla en ese registro de la memoria que pervive.

Ángela Hernández y la mujer como protagonista de la existencia

Ángela Hernández es una prestigiosa escritora dominicana, con una obra amplia que abarca poesía, narrativa, ensayo e investigación. Su novela *Leona o la fiera vida* (2013), continúa la saga que inicia el cuento

Masticar una rosa (1993), sigue con la noveleta *Mudanza de los Sentidos* (2001), y culmina, por ahora, con esta obra mayor que trata el traslado de una familia rural a la ciudad.

En *Leona o la fiera vida*, Hernández abarca muchos aspectos de este proceso. El primero es el uso del vocabulario muy unido a la identidad y al perfil sicológico de sus personajes, la mayoría de ellos mujeres, verdaderas protagonistas de todo. Todas son oriundas de Quima, (su natal Buena Vista), el pueblo-paraje que podríamos bautizar como el Macondo de la autora, donde todo es posible, principalmente la solidaridad, la piedad, la igualdad, y en ese mismo sentido, los sueños.

Como en una película de Passolini, el lector ve desfilar los echadías que cojean, los pequeños comerciantes que van de puerta en puerta y a los que les faltan dientes, el maestro de escuela dictatorial, la yegua llamada Batalla, el guardia amenazante, el rico engreído… pero, sobre todo, las mujeres: mujeres viudas, mujeres engañadas, mujeres abandonadas, mujeres pobres, desarrapadas... que entretejen lazos de atracción y rechazo, donde no importa que una sea chismosa, agresiva o puta para contar con la solidaridad de las otras en los momentos cruciales de su vida.

Son tantos los personajes y tan diversas las situaciones, que a veces el nombre de la persona no importa, sino el hecho; esos hechos que van desde la más simple y pura cotidianidad, para convertirse en ejemplos de un drama conmovedor, como el intento de violación a Leona por parte de su cuñado; o el final feliz de un cuento de hadas, cuando encuentran las tres monedas de oro que dejó Emmanuel enterradas, por si moría, cuando viajó enfermo a la capital.

Uno de los pilares de esta novela es la nominación de su entorno. Sumamente descriptivo, el texto va cargado de un lirismo que Hernández asegura utilizando los adjetivos como epítetos (fiera vida, gorda mata) y estos elementos aportan a su narrativa un ritmo poético que, aunque apenas se percibe, funciona perfectamente multiplicando el nexo con el lector y permitiendo que el espacio lúdico del individuo asocie lo que lee con su propia historia o con la de otros.

Desde el más pequeño de los insectos, hasta la escala apabullante de árboles enormes y tupidos, siempre respaldados por el bloque de montañas azuladas, los nombres de las hojas, de las plantas curativas, de las raíces, de las cárceles de selva húmeda, de los alimentos, tal y como los llaman en Quima, de sus ecosistemas, sus gentes, sus costumbres… que

envuelven al lector en un viaje retrospectivo, donde se evidencian no sólo nuestra historia reciente, sino las huellas de «lo inicial».

La narradora mezcla tipos y niveles de lengua, y al lado de un término campesino se encuentra un vocablo culterano, pues lo que hacen sus personajes resulta más importante que la Era de Trujillo o la Guerra de Abril, acontecimientos históricos que sólo sirven de telón para que haya mudanzas y cambios en la **familia** que afectan y definen a sus miembros. Como el hermano amado, Virgilio, arquetipo de inteligencia y de bondad que se convierte en revolucionario y que está presente en la novela solo a través del amor de sus parientes y principalmente de su hermana Leona. O el odioso Lorenzo, jugador, bebedor y abusador, hermano mayor que las utilizaba para su provecho y que terminó enganchándose a la guardia, pero a quienes ellas perdonaron porque era su **familia**; los limosneros y pedigüeños que iban día a día a esperar la generosidad de Beba, la madre viuda, pobre también, cabeza del grupo, mujer espartana, madre coraje que se envolvía en una coraza de órdenes militares y estrictas exigencias morales, para que sus hijas estudiaran e hicieran las labores del hogar, y así asegurarles un futuro y protegerlas de las malas lenguas y el descrédito.

La vecina que pasa los víveres; la otra que sale preñada de un bandido que la abandona; el terrateniente con varias queridas…, pero, también, una niña que juega pelota mejor que un niño, un joven adolescente con voz atiplada adornando la misa de los domingos y una desquiciada que toca el acordeón de su padre muerto, como una virtuosa.

La vida y sus circunstancias; las leyes del azar y la violencia y cómo respondemos a ellas; la mujer como eje… Esa es, en el fondo, la verdadera propuesta de la novela. Una novela que tiene dos grandes protagonistas: por un lado Leona, narradora y personaje alrededor de quien se desarrolla lo que se cuenta, escritora desde el inicio del cosmos, bendita por la «causa» y destinada a soñar para encontrar la verdad de las cosas… Y por otro lado Beba, su madre, omnipresente física o mentalmente, en esos permanentes recuentos de la memoria en los que Leona asocia todo lo nuevo con lo que ha vivido.

Su permanente declaración de creencias. La consustanciación del hombre con la naturaleza. La capacidad milagrosa de repetir las oraciones. La búsqueda del «fondo de su alma»… Y principalmente esa ley que esgrime, que cuestiona desde el inicio del libro y que solo puede ser respondida con amor: «Algo se me daba, algo se me quitaba… Si recibía, ya

debía prepararme para perder…» (Hernández 2013, 11).

Leona o la fiera vida está salpicada de citas de los místicos católicos, de pensadores orientales y de grandes autores literarios de occidente; estas alusiones que confirman sus puntos de vista no disgregan el texto, porque la escritora, como dueña de lo escrito, esgrime sus presencias a conciencia. La diversidad de mundos que abarca (el real, el imaginario, el deseado…) ha podido encontrar un equilibrio en el dominio de un oficio que le ha permitido jugar con la ficción y plasmar una escala de valores, de convicciones y creencias que la establecen como ser. Ella misma lo confirma dentro del texto: «Lo que tengo lo debo a lo perdido; lo que soy a lo que nunca pude ser…» (Hernández 2013, 294).

Hoy, tráfico, turismo, violencia, corrupción e impunidad son el pulso que define una región que todavía es paraíso natural y hábitat de personas que conservan la inocencia defendiendo la tierra, preservando el pasado de boca en boca, de vasija en vasija, de líneas inscritas en un muro o en un papel.

Si la literatura es un ejercicio de la memoria, una garantía de que lo crucial de nuestras vidas se rescata, Marcio Veloz Maggiolo y Ángela Hernández han llenado su cuota, hilvanado recuerdos poéticos, veraces y contradictorios que aportan a la construcción de una historia que se teje permanentemente y que actúa como la piedra que soporta ese esfuerzo constante por llegar a la verdad.

OBRAS CITADAS

Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1954.

Andújar, Rey. «Escalera de género = Estructura en la novela». *Acento, diario digital*. 13 de agosto de 2015 – https://acento.com.do/. 15 de junio de 2018.

Alcántara Almánzar, José. *Dos siglos de literatura dominicana S. XIX-XX. Prosa. Tomo 1.* Santo Domingo: Editora Corripio, 1996.

Aristy, Ramón Marrero. *Over.* Santo Domingo: Editora Taller, 1976.

Billini, Francisco Gregorio. *Baní o Engracia y Antoñita*. Santo Domingo: Editora de Colores, 1998.

Bonó, Pedro Francisco. *El Montero*. Santo Domingo: Editora Manatí, 2003.

Bosch, Juan. *La Mañosa*. Santo Domingo: Ediciones Banreservas, 2017.

Cartagena Portalatín, Aída. *Escalera para Electra*. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1970.

Castillo, Efraim. «*Los ángeles de hueso* de Marcio Veloz Maggiolo». 13 de agosto de 2014. https://sanasanaculitoderana.blogspot.com/. 17 de junio de 2018.

Cestero, Tulio M. *La Sangre*. Santo Domingo: Editora Manatí. 2003.

Collazos, Oscar, Cortázar, Julio y Vargas Llosa, Mario. *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*. México: Siglo XXI Editores, 1970.

Di Prieto, Giovanni. *Las mejores novelas dominicanas*. San Juan: Isla Negra Editores, 1996.

Diccionario de la lengua española, Real Academia Española RAE http://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=leer.7de junio de 2018.

Fernández Granell, Eugenio *et al*. "La aventura surrealista en las Antillas", en *EI Surrealismo entre el Viejo y el Nuevo Mundo*. Catálogo de la exposición del Centro Atlántico de Arte Moderno. Las Palmas: Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990.

Fuentes, Carlos. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1974.

———. *La gran novela latinoamericana*. México: Alfaguara, 2011.

Galván, Manuel de Jesús *Enriquillo*. Santo Domingo: Editora Taller, 1999.

Gautier, Manuel Salvador. *La tetralogía: El atrevimiento*, *Pormenores del exilio*, *La convergencia* y *Monte adentro*. Santo Domingo: Editora Taller, 1993.

Hars, Luis. *Los Nuestros*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1968.

Hernández, Ángela. *Mudanza de los sentidos*. Santo Domingo: Editora Cole, 2001.

———. *Leona o la Fiera Vida.* Santo Domingo: Alfaguara, 2013

Hernández, Rita Indiana. *La estrategia de Chochueca*. San Juan: Editorial Isla Negra, 2003.

Marcallé Abréu, Roberto. *Cinco bailadores sobre la tumba caliente del licenciado*. Santo Domingo: ¡Ahora!, 1978.

Mateo, Andrés L. *La otra Penélope*. Santo Domingo: Editora Taller, 1982.

Medrano, Néstor. «Giovanni Di Pietro: Yo diría que soy un satanás sin cuernos y sin rabo». *Listín Diario*, Santo Domingo, 15 de mayo de 2015.

Miller, Jeannette. «La Mañosa: una excelente fotografía de los inicios del siglo XX Dominicano». En *Dos coloquios sobre la obra de Juan Bosch*. Bruno Rosario Candelier *et al*. Santo Domingo: Banco Central de la República Dominicana, 2010. 33-43.

———. «El equilibrio de la existencia en *Leona o la fiera vida*, de Ángela Hernández». https://jeannettemiller arte y literatura blogspot. 2013.

———. «*El sueño de Juliansón* la obra de un escritor sabio, seguro de sus inseguridades». https://jeannettemiller arte y literatura blogspot. 2015.

———. «El Arte Dominicano en el siglo XX en *Historia General del Pueblo Dominicano*». Santo Domingo: Archivo General de la Nación y Academia Dominicana de la Historia. Capítulo XIV. 700.

Pereyra, Emilia. *El Crimen Verde*. Santo Domingo: Mograf, 1994.

Prestol Castillo, Freddy. *El Masacre se pasa a pie*. Santo Domingo: Editora Taller, 1998.

Rivera, Martha. *He olvidado tu nombre*. Santo Domingo: Editora El Nuevo Diario, 2018

Rosario Candelier, Bruno. *La Mañosa* de Juan Bosch. "La novela socio-realista de la revolución". *UNIVERSITAS. Revista de Ciencias sociales y humanas.* 2014 www.redalyc.org/html/4761/476147261007/

Rueda, Manuel. *Bienvenida y la noche*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1994.

Stanley, Avelino. *Tiempo Muerto.* Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico. 2000.

———. *La novela dominicana contemporánea*. Santo Domingo: FUNDESEP, 2013.

Valdez, Pedro Antonio. *Bachata del Ángel Caído (1998)*. San Juan: Ediciones Isla Negra, 1999.

Veloz Maggiolo, Marcio. *Los Ángeles de Hueso.* Santo Domingo: Editora Arte y Cine, 1967.

———. *Trujillo, Villa Francisca y otros fantasmas*. Santo Domingo: Colección Arte y Cultura, 1996.
———. *Biografía difusa de Sombra Castañeda*. Madrid: Siruela, 2005.
———. *El jefe iba descalzo*. Santo Domingo: Santuario, 2008.
———. *El sueño de Juliansón*. Santo Domingo: Santuario, 2015.
Vergés, Pedro. *Sólo cenizas hallarás*. Santo Domingo: Alfaguara, 2011.